

Selección, introducción y notas
Raffaele Nocera, Carmen Gloria Duhart, Camilo Alarcón

Italia a través de los informes diplomáticos chilenos, 1924-1940



Colección Informes Diplomáticos
Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile

Selección, introducción y notas
Raffaele Nocera, Carmen Gloria Duhart, Camilo Alarcón

Italia a través de los informes diplomáticos chilenos, 1924-1940

Colección Informes Diplomáticos

Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Italia a través de los informes diplomáticos chilenos, 1924-1940

Selección, introducción y notas: Raffaele Nocera, Carmen Gloria Duhart, Camilo Alarcón

Colección Informes Diplomáticos

Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile

Edición y Diagramación: Álvaro Quezada Sepúlveda

ISBN: 978-956-368-330-1

Registro de Propiedad Intelectual N°: 274469

Edición de 500 ejemplares

Andros Impresores, enero de 2017

Tabla de Contenido

Prólogo	7
Introducción	11
Estudio preliminar	33
El establecimiento del régimen fascista en Italia (1924-1933)	49
El fascismo italiano en el contexto europeo (1934-1937)	155
Camino a la guerra europea (1938-1940)	433

PRÓLOGO

Prólogo

Heraldo Muñoz Valenzuela¹

La tarea de archivar documentos es propia, aunque no exclusiva, de las instituciones del Estado. Implica guardar, clasificar y preservar documentación para el futuro.

El registro es imprescindible para la construcción de la historia, así como parte de un sano hábito burocrático que busca que cada institución o país puedan responder por sus hechos. En circunstancias tan anómalas como la persecución a los judíos por parte del régimen nazi, los archivos —los que no pudieron ser destruidos, como se intentó en muchos casos— fueron fundamentales para establecer la magnitud del genocidio y el modo en que se llevó a cabo. La apertura de los archivos de organismos de seguridad y de la institucionalidad estatal de la ex Unión Soviética arrojó nuevas y valiosísimas luces tanto respecto de lo que los rusos llaman “La Gran Guerra” como acerca de la vida cotidiana y las prácticas políticas y burocráticas bajo regímenes dictatoriales. Si nos dirigimos a la época contemporánea, la progresiva desclasificación de archivos oficiales en Estados Unidos nos ayuda a conocer mejor nuestra propia historia.

Una cuestión fundamental, entonces, es que los archivos estén disponibles para la consulta pública. Antes de la era digital, la labor de archivo implicaba básicamente clasificar, ordenar y guardar cantidades ingentes de papeles. Por simples limitaciones físicas, la consulta de archivos quedaba limitada —y lo está aún— a un escaso número de personas, mayormente historiadores y especialistas. El *microfilm* fue de gran ayuda para preservar archivos de papel que ya difícilmente admitían más consultas antes de destruirse. La era de la digitalización ha venido a cambiarlo todo, pero es un proceso lento y costoso que aún está en proceso de desarrollo.

Hay una definición más interesante de archivo que formuló el filósofo francés Michel Foucault. Según él, “el archivo es la ley de todo lo que puede ser dicho”. Quizá esta última acepción sea más adecuada para este conjunto de textos que, según indica la excelente introducción de Raffaele Nocera, pretende “dar a conocer la imagen y percepción de la dictadura italiana (y de Mussolini) que se obtiene a partir de los informes enviados por los diplomáticos chilenos a las autoridades del ministerio”, pero también, y quizás esto es más importante todavía, “rasgar el velo de misterio que ha rodeado hasta el presente al fascismo italiano académico y público chileno”. Para volver a Foucault, hoy puede ser enunciada públicamente la posición de nuestros diplomáticos, testigos de un fenómeno en ascenso que procuraron juzgar de la manera más objetiva posible —exigencia básica de la tarea diplomática—, pero en la que también exhibieron sus preferencias ideológicas y sus simpatías políticas. El estudio preliminar de Carmen Gloria Duhart resume, de manera certera y concisa, aquella condición de los diplomáticos, productos de sus tiempos, representantes del país, designados por un determinado gobierno.

Los archivos que devienen públicos, que ingresan al ámbito de lo que puede ser dicho, sirven como base para la historiografía —y a eso aspiran también, en su modesta

¹ Ministro de Relaciones Exteriores de Chile.

medida, estos archivos— y para que los interesados en general puedan formarse una opinión sobre los hechos.

Los documentos se refieren mayormente a Italia, como es lógico, pero por fuerza incluyen también una mirada global sobre el acontecer europeo y africano, en el caso de la invasión italiana a Abisinia, hoy Etiopía. El periodo cubierto por el libro —desde 1924 hasta 1940, es decir, durante la mayor parte del dominio del fascismo en Italia— es uno de los más interesantes y complejos de la historia europea del siglo XX, con excepción, claro está, de las dos grandes guerras que se extendieron a todo el mundo. El ascenso de los totalitarismos, la crisis económica de 1929, el rearme alemán, la fragilidad de la Liga de las Naciones, la Guerra Civil Española, están como telón de fondo de estos informes en los que nuestros diplomáticos informaban de primera mano acerca de su manera de ver la realidad de Italia y de Europa y de defender, en ese contexto, los intereses permanentes del país.

El Ministerio de Relaciones Exteriores está plenamente consciente del valor de los documentos. Nuestra tarea se realiza en gran medida a través de las percepciones de las personas destinadas a servir al país en diferentes naciones y organismos; y su manera de mirar, su manera de entender la realidad mundial, es también, de algún modo, un espejo de lo que somos. Esta recopilación de documentos servirá sin duda para rasgar un velo, como dice el profesor Nocera, y para generar, a partir de ahí, una interesante discusión sobre nuestra manera de instalarnos ante el mundo.

INTRODUCCIÓN

El fascismo

Raffaele Nocera¹

Esta publicación presenta la documentación enviada por los representantes diplomáticos chilenos en Italia, desde 1924 hasta 1940, es decir, durante todo el periodo en que el fascismo estuvo en el poder en la península hasta los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial. El objetivo principal, que en gran medida ha inspirado la selección, es dar a conocer la imagen y percepción de la dictadura italiana (y de Mussolini) que se obtiene a partir de los informes enviados por los diplomáticos chilenos a las autoridades del ministerio y, en cierto modo, por la mirada de los mismos diplomáticos. En efecto, si bien los acontecimientos de la vida política, económica y social italiana, y aquellos relativos a la proyección internacional de Italia, son relatados minuciosamente, lo que genera mayor interés es la opinión de los diplomáticos acerca de los acontecimientos italianos, la que transmitían con mayor o menor énfasis al Ministerio de Relaciones Exteriores en sus informes. Sobre todo, respecto de la evolución del fascismo en el plano político-ideológico y acerca los “resultados” obtenidos por el régimen, así como su prestigio, suponiendo que lo hubo, y que la Italia fascista, dirigida por el Duce, fue capaz de conquistar, tanto en el plano interno como externo en los años veinte y treinta, y a partir de 1939 en adelante. De la misma forma, expresan una visión de los acontecimientos italianos durante los primeros meses de la guerra y de las dificultades experimentadas por el pueblo italiano.

Asimismo, esta publicación se propone otro objetivo no menos ambicioso: rasgar el velo de misterio que ha rodeado hasta el presente al fascismo italiano en el debate académico y público chileno, entregando al lector un instrumento, en este caso representado por una fuente diplomática, para “hacerse una idea individual” de los hechos. Con la salvedad de que los autores de dichos informes tienen opiniones personales que provienen de su propia postura política.

En efecto, en mérito a los juicios aduladores hacia el fascismo y, en particular, hacia la persona de Mussolini, es necesario tener en cuenta que los diplomáticos chilenos no fueron una excepción, sino una norma, en el sentido de que el régimen fascista y su jefe indiscutido gozaron, en aquellos años, de un amplio consenso en el exterior, en las cancillerías de muchos países y en los ambientes diplomáticos².

Asimismo, es necesario tomar en cuenta no solo la afiliación política, sino además, la formación y la extracción de cada diplomático; su modo de ver y analizar la vida política, social y económica de la Italia fascista.

¹ Raffaele Nocera. Historiador de la *Università degli Studi di Napoli L'Orientale*. Graduado en Ciencia Política por la Universidad de Napoli y doctorado por la Universidad de Pisa en Historia, Instituciones y Relaciones Internacionales de Países Extraeuropeos. Ha realizado investigaciones acerca de la historia de América Latina, especialmente de Chile y sus relaciones políticas con Italia. Entre sus obras destacan *Chile y la guerra, 1933-1943* (2006) y *Acuerdos y desacuerdos. La DC italiana y el PDC chileno: 1962-1973* (2015).

² He desarrollado esta interpretación en mi anterior trabajo *Chile y la guerra, 1933-1943* (Santiago de Chile, LOM-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006), a propósito de la conducta de la diplomacia chilena —sobre todo en la Alemania y los territorios ocupados por lo nazistas y la Italia fascista— durante la Segunda Guerra Mundial.

Por otra parte, durante el periodo analizado, en Chile hubo diferentes gobiernos, apoyados por partidos tanto de izquierda como de derecha, que abarcaron todo el espectro político, manteniendo alejado el plano político-ideológico de las relaciones diplomáticas y económico-comerciales, como sucediera durante los gobiernos de Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos. Por su parte, Arturo Alessandri Palma y Carlos Ibáñez del Campo mostraron una simpatía, ni siquiera tan oculta, por el fascismo y el corporativismo italianos. Todo esto resulta evidente, influenciando el ámbito de la diplomacia chilena y reflejándose en las evaluaciones que los representantes diplomáticos enviaban, lo que contribuyó a la afirmación de una especie de amistad entre fascismo y realidad chilena en aquel periodo.

Finalmente, hay que conceder a los diplomáticos “la atenuante” de ser testigos de un fenómeno en evolución, del que no existían antecedentes en la historia mundial y del que era difícil comprender las implicancias de carácter ideológico y cultural, en el mediano y largo plazo. Sus evaluaciones están entonces contextualizadas, y a partir de aquí se deriva la necesidad de centrarse en algunas cuestiones preliminares, de pocas pero claras coordenadas históricas, antes de adentrarse en la lectura de los documentos. En primer lugar: ¿qué entendemos por fascismo italiano y cómo ubicarlo en la historia italiana y europea entre las dos guerras mundiales?³

Eric J. Hobsbawm ha sostenido que, de todos los fenómenos que se produjeron en la que él mismo ha definido como “Edad de la catástrofe”, a saber, las décadas que van desde 1914 hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, lo que probablemente causó un mayor trastorno a los “sobrevivientes del siglo diecinueve” fue el colapso de los valores y de las instituciones de la civilización liberal, cuyo progreso durante el siglo diecinueve se daba por establecido, “al menos en los lugares más desarrollados del mundo”⁴. Los valores en cuestión expresaban la desconfianza en “todas las formas de dictadura y de gobierno absoluto” y, al mismo tiempo, “la lealtad a los regímenes constitucionales, que se verificaban en asambleas representativas y sus gobiernos elegidos libremente y que garantizaban el dominio de la ley”, que establece, además, un conjunto de derechos y libertades de los ciudadanos, aceptados por todos⁵. Valores que progresaron durante el siglo XIX y que parecían destinados a mantenerse, como lo evidencia el hecho de que, después de la Primera Guerra Mundial, todos los Estados europeos al occidente de la Unión Soviética eran gobernados según el régimen liberal y parlamentario. Sin embargo, en el periodo comprendido entre la denominada “Marcha sobre Roma” de Benito Mussolini (1922) y la etapa final de los sucesos bélicos de las potencias del eje, en la Segunda Guerra Mundial, en 1942, se produjo un colapso rápido y catastrófico de estos valores y

³ Acerca del fascismo existe una extensa literatura. Para una primera aproximación se debe hacer referencia al fundamental trabajo de Alberto Aquarone, *L'organizzazione dello stato totalitario* (Torino, Einaudi, 1965); a Enzo Collotti, *Fascismo, fascismi* (Sansoni, Firenze, 1989); a Renzo de Felice, *Le interpretazioni del fascismo* (Bari, Laterza, 1969), y *Mussolini* (Torino, Einaudi, 1993) 8 vols.; a Emilio Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista 1918-1925* (Bari, Laterza, 1975), del mismo autor *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista* (Roma-Bari, Laterza, 1993), y *E fu subito regime. Il fascismo e la marcia su Roma* (Roma-Bari, Laterza, 2012).

⁴ Eric J. Hobsbawm, *Il secolo breve 1914-1991. L'epoca più violenta della storia dell'umanità* (Milano, BUR, 2002), p. 135. En español se puede ver como *Historia del Siglo XX* (Buenos Aires, Crítica, 1998).

⁵ *Ibid.*

de las instituciones políticas que ellos representaban. Esta situación estuvo determinada por diferentes factores, entre las fuerzas que pertenecían a la derecha, en especial al fascismo, las que ocuparon el primer lugar.

Al término de la Primera Guerra Mundial se veía una “Europa en decadencia”, agotada desde el punto de vista político y económico. El prolongado esfuerzo bélico implicó costos altísimos para todos los países europeos beligerantes, tanto en término de pérdidas de vidas humanas como desde el punto de vista económico. Asimismo, se produjo un cambio menos tangible y más profundo: Europa ya no era el centro del poder en el mundo, lo que no era previsible en 1914.

Los diferentes gobiernos aún estaban ocupados en discutir las cláusulas de los complejos tratados de paz, cuando la opinión pública fue embestida directamente por las dificultades materiales de un continente devastado por la guerra y dominado por la inflación, baja producción y aumento vertiginoso de la deuda pública. Se trataba de una región que atravesaba, además, por una profunda crisis moral y que se disponía a discutir los principios que habían regido hasta ese momento las formas de la vida política y social que se consideraban adquiridas. En el plano cultural, la guerra, de hecho, había dejado un legado de “violentamiento” en el tono de los discursos y de las prácticas políticas⁶, cuando el respeto a los derechos del individuo, uno de los pilares del liberalismo, fue puesto en discusión por las disposiciones excepcionales impuestas por el estado de emergencia. Al mismo tiempo, nuevas ideas ponían en discusión las bases mismas de la democracia liberal.

La Revolución de Octubre representó indudablemente un estímulo importante para el movimiento obrero europeo, el que, entre fines de 1918 y mediados de 1920, fue protagonista de un ascenso político vertiginoso. La consolidación de la derecha radical, en este periodo, fue efectivamente una respuesta a la “revolución social” y al “peligro” que representaba un movimiento obrero que demostró que estaba dotado de una elevada agresividad y capacidad de movilización. Seguramente el fascismo no habría alcanzado el auge que tuvo si no hubiera existido la amenaza, representada por el aumento de una clase obrera que surgió impetuosamente por la presión forzada de los años de guerra y muy activa en un contexto caracterizado por la inestabilidad y las profundas dificultades económicas. Emergieron fuerzas políticas atribuibles a la extrema derecha, demagógica y agresiva, las que, en efecto, estaban presentes en el viejo continente desde el final del siglo diecinueve, pero que habían sido mantenidas bajo control con relativa facilidad. Sin embargo, esta fue una condición necesaria pero no suficiente, ya que los antiguos regímenes y sus clases dirigentes hubieren continuado actuando y el fascismo no hubiera sido su salvavidas, siendo tentadas a depender de la extrema derecha, o a confiar en ella, como lo hicieron los liberales italianos con los fascistas de Mussolini entre 1920 y 1922.

Italia, inmediatamente después de Alemania, era el país europeo, según la III Internacional, en el que existían las mejores condiciones para una revolución socialista. En el curso de lo que sería conocido en la historia como el “bienio rojo” (1919-1920), se registraron numerosas huelgas laborales, que condujeron a importantes conquistas,

⁶ Johann Chapoutot, *Controllare e distruggere. Fascismo, nazismo e regimi autoritari in Europa (1918-1945)* (Torino, Einaudi, 2015), p. 59.

como la reducción de la jornada laboral a ocho horas, a lo que se añadió un conflicto en el campo, desconocido hasta entonces, que significó continuas huelgas agrarias, que llevaron a aumentos salariales y al control de la llamada “liga roja” de la ubicación y del trabajo imponible⁷. Este inédito “protagonismo de las masas” se tradujo, entre otras cosas, en un aumento sin precedentes de los sindicatos, que alcanzaron los cuatro millones de inscritos, y en la consolidación del Partido Socialista Italiano (PSI) en sus posiciones “maximalistas”. En las elecciones de 1919, el PSI se convirtió en el partido más fuerte, con el 32% de los votos, seguido por el Partido Popular Italiano, movimiento demócrata-cristiano de reciente constitución, que recogió el 20% de los votos; mientras que aquellos partidos que eran los pilares del régimen liberal, el Partido Liberal Radical y el Partido Democrático, obtuvieron solamente el 16 y 10% de los votos, respectivamente. Era la señal de la crisis de la democracia liberal italiana, caracterizada por una clase política anticuada e incapaz de responder a los nuevos desafíos de la posguerra y por una profunda inestabilidad gubernamental (en solo cinco años, desde octubre de 1917 hasta octubre de 1922 se sucedieron siete gabinetes ministeriales). La reforma electoral realizada por el gobierno liberal presidido por Francesco Severio Nitti, que en 1919 introdujo además el sufragio universal masculino y el sistema proporcional de lista, contribuyó a fragmentar posteriormente la representación nacional.

Fue en este delicado momento de crisis que ingresó en la escena italiana una nueva fuerza política: el fascismo. En marzo de 1919 el exsocialista Benito Mussolini organizó los “Fasci da combattimento”, un pequeño grupo que reunía a futuristas, exsindicalistas revolucionarios y los “Arditi”, que serían los miembros de las tropas de asalto de la Primera Guerra Mundial, recogiendo el consenso de todos aquellos “cuya confianza en el humanismo y la razón, había sido destruidas por la guerra y que consideraron obsoleta la democracia liberal”.

“Decepcionados con la paz y la desazón de la sociedad de la posguerra, los miembros de los Fasci ya no pueden contener su violencia y adoptan la daga y la calavera de los Arditi, además de una camisa de color negro que simboliza su luto por el sueño italiano y su familiaridad con la muerte. El programa de los Fasci es sincrético, progresista y al mismo tiempo anticapitalista y nacionalista: exige confusamente la proclamación de la República, la autonomía comunal y regional, el sufragio universal masculino y femenino, el sistema proporcional, la abolición de los títulos de nobleza, el servicio militar universal, el impuesto sobre el capital, la división de las tierras y la participación de los empleados en la administración de las empresas. La adopción de los Fasci romanos, símbolo de la soberanía y del imperium del Cónsul, indica qué concepción de la nación y de su historia defienden los fascistas: contra la ‘victoria mutilada’ el refugio en el prestigio romano”⁸.

Más de la mitad de los fascistas que adhirieron desde un comienzo, estaban compuestos por exmilitares que creían en el mito de la “victoria mutilada”, según este, el rol que Italia tuvo en la Primera Guerra en la derrota de las potencias centrales no era reconocido adecuadamente por las potencias vencedoras en el transcurso de la Confe-

⁷ Cfr. Tommaso Detti e Giovanni Gozzini, *Storia contemporanea*, vol. II, “Il Novecento” (Milano, Mondadori, 2002), p. 36.

⁸ Chapoutot, *Controllare e distruggere*, p. 69.

rencia de Paz de París. La adhesión al nacionalismo aclara la vocación reaccionaria del fascismo, la que encontró confirmación durante las primeras manifestaciones públicas del movimiento. El conflicto social estuvo presente en esta fase y orientó su actuar, el que aún estaba confundido ideológicamente con un notorio anticomunismo, por lo que le valió el apoyo inmediato, incluso económico, de los industriales y grandes propietarios terratenientes italianos.

Durante 1920 el fascismo se organizó en escuadras paramilitares y llevó a cabo una verdadera guerra social, que significó la destrucción, en pocos meses, de toda la red de las organizaciones socialistas esparcidas en el territorio italiano. Lo anterior fue posible gracias a la “connivencia de las autoridades y el aparato del Estado” liberal, convencidos de que podían usar al movimiento fascista para restablecer el orden interno⁹. Asimismo, y de manera progresiva, el fascismo adquirió dimensiones de masa, encontrando apoyo en la clase media y también entre los liberales y católicos más conservadores.

Cuando en noviembre de 1921 el movimiento de los Fasci se constituyó en el Partido Nacional Fascista (PNF) contaba con casi trescientos mil inscritos. Ante un Estado liberal, ahora deslegitimado y en agonía, y con los apoyos citados anteriormente, en octubre de 1922 el líder de los fascistas, Mussolini, decidió tomar el poder e hizo converger en Roma decenas de miles de “camisas negras” fascistas.

El éxito de lo que pasaría a la historia como “la Marcha sobre Roma” quedó en evidencia con la actitud del rey Vittorio Emanuele III, quien, convencido de “la auténtica actitud patriótica y anticomunista de Mussolini”, no solo no declaró el estado de sitio y no dispersó a los fascistas, sino que encargó al jefe del Partido Nacional Fascista que formara un nuevo gobierno¹⁰.

El fascismo no fue, por tanto, una “revolución”, a pesar de que al mismo Mussolini le gustaba definirla como tal. Él no “tomó el poder”, a pesar de la retórica generalizada en relación con la “Marcha sobre Roma”. El fascismo llega al poder por iniciativa del propio antiguo régimen, respetando la Constitución. La novedad del fascismo fue, en todo caso, que una vez en el poder “se negó a aceptar las reglas del viejo juego político y, donde pudo, asumió el control total del Estado”¹¹. Como el mismo Duce pudo aclarar, ya en 1922, las ambiciones fascistas no se limitaban a la repartición del poder dentro de un contexto parlamentario y liberal clásico¹², el objetivo era “convertirse en Estado”¹³, lo que sucedió en el transcurso de seis años, entre 1922 y 1928.

Fue en este tiempo que se cumplió el “movimiento de pinzas de fascistización de Italia”, en cuyo ámbito los pasos principales estaban constituidos por: i) la constitución, en diciembre de 1922, del Gran Consejo del Fascismo, órgano de consulta formado por los dirigentes del Partido Nacional Fascista, con la tarea de definir la línea de acción del

⁹ Detti y Gozzini, *Storia Contemporanea*, p. 38.

¹⁰ Chapoutot, *Controllare e distruggere*, pp. 71-72.

¹¹ Hobsbawm, *Il secolo breve*, p. 156.

¹² El gobierno de coalición formado por Mussolini, por mandato del rey Vittorio Emanuele III, inmediatamente tras la Marcha sobre Roma, contaba con la presencia de solo 34 diputados fascistas en el Parlamento, pero pudo contar con una gran mayoría, gracias al apoyo de los liberales y parte de los católicos.

¹³ Chapoutot, *Controllare e distruggere*, p. 71.

gobierno; ii) la institución de la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional, nuevo cuerpo militar en el que se incluyen los camisas negras; iii) la aprobación de la ley “Acerbo”, reforma electoral mayoritaria de 1923, con la que se decide atribuir el 65% de los asientos a la coalición que obtuvo el 25% de los votos¹⁴; iv) la recuperación, en diciembre de 1925, del Estatuto Albertino, con la finalidad de desvincular al ejecutivo del voto de confianza del Parlamento (el que abolía de hecho la distinción entre los poderes propios del Estado liberal); v) la aprobación, en noviembre de 1926, de una ley “para la defensa del Estado”, con la que, entre otras cosas, se disolvieron los partidos antifascistas; vi) la instauración del confinamiento policial para los opositores al régimen; vii) la creación de un Tribunal Especial para la defensa del Estado, compuesto de oficiales de la milicia y del ejército; viii) la instauración de la pena de muerte para cualquiera que atentase contra la seguridad del Estado; ix) la supresión de la libertad de asociación y de prensa; y x) la puesta en práctica de la Carta del Trabajo por parte del Gran Consejo del Fascismo. Esta última, de hecho, instituye el sistema corporativo como alternativa al capitalismo y al socialismo, en la medida en que, superada la lucha de clases, reunía a capitalistas, trabajadores y técnicos en representación de las organizaciones profesionales (corporaciones). Todo lo anterior llevaba a obtener —al menos según lo afirmaba la propaganda fascista— el respaldo unánime de todos los sectores, consiguiendo el desarrollo económico y social de la nación. Finalmente, con una nueva ley electoral, que proporciona una única lista para aprobar o rechazar en bloque el proceso de eliminación de todos los rivales internos y la construcción del Estado Fascista podría decirse que estaban completos¹⁵.

Pero ¿cuál era la ideología en la que se sostenía el fascismo italiano? Según las palabras del propio Mussolini, el fascismo no fue el producto de una doctrina elaborada con anterioridad “en la mesa”, sino que “surgió de una necesidad de acción y fue la acción”¹⁶. En el fascismo italiano, la acción se impuso, sin duda, a la teoría. El fascismo fue, en general, una “ideología estructuralmente contradictoria”, capaz de dar cabida en su interior a elementos incompatibles entre ellos: “una tendencia republicana y subversiva, y una monárquica y conservadora; una tendencia revolucionaria anarquista y una idea de Estado fuerte; la aspiración a un socialismo nacional y un nacionalismo privado de contenidos sociales”¹⁷. Fue el nacionalismo italiano el que entregó al fascismo inicial una parte importante de su corpus doctrinal, como el “mito de la nación”, las referencias al “Imperio romano”, la exaltación del Estado-potencia como autoridad suprema. La diferencia fundamental entre el fascismo y el nacionalismo, entre la derecha fascista y aquella no fascista, residía en la movilización de las masas, en especial desde las bases.

“El fascismo, como un movimiento histórico, fue el producto de la Primera Guerra Mundial, lo cual ha sido utilizado tanto para negar como subestimar sus lazos con

¹⁴ Esto fue permitido por las fuerzas en el gobierno, que incluían a fascistas, liberales y católicos, a modo de obtener en las elecciones de abril de 1924 una amplia mayoría frente a los remanentes de las fuerzas de oposición antifascistas, y esto gracias a la contribución de las escuadras violentistas, que no fueron detenidas durante todo este período.

¹⁵ Para una visión panorámica total del período fascista, en sus dimensiones política, económica, social, cultural, etc., además de los textos ya mencionados en las notas anteriores, también ver Giovanni Sabatucci y Vittorio Vidotto (eds.), *Storia d'Italia. Vol. 4 Guerre e fascismo, 1914-1943* (Roma-Bari, Laterza, 1997).

¹⁶ Benito Mussolini, *La dottrina del fascismo* (Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1935), p. 6.

¹⁷ Carlo Galli, *Manuale di storia del pensiero politico* (Bologna, Il Mulino, 2001), p. 484.

el pasado. Sin la guerra y la paz que le siguió no habría existido. El colapso de Europa post guerra fue un componente esencial de este movimiento, lo cual se vio reflejado en la atracción popular que suscitó. Sin embargo, a pesar de ello, los historiadores desconocen al fascismo como un movimiento de masas o como una democracia de masas, fenómenos ambos, que tenían una larga historia con anterioridad, debido precisamente a los mitos y cultos de los primeros movimientos de masas, los que dieron al fascismo una base sobre la cual operar y lo pusieron en condiciones de plantear una alternativa a la democracia parlamentaria. Muchas personas vieron en las tradiciones, de las cuales hablaba Mussolini, una posibilidad de participación política más vital y significativa de aquella ofrecida por la idea “burguesa” de democracia parlamentaria, lo cual sucedió sólo porque existía una larga tradición representada, no sólo por los movimientos de masas nacionalistas, sino también por los movimientos de masas de los trabajadores¹⁸.

A pesar de la demanda de los fascistas para lograr una regeneración social, e incluso cultivando los valores tradicionales de la nación, el fascismo no fue un movimiento tradicionalista, en la medida en que no se basó en las instituciones típicas del orden conservador, como la Iglesia o la monarquía, sino que trata de sustituirlos, apelando a los principios no tradicionales como: “un liderazgo fundado en el culto carismático del líder legitimado por la aprobación del pueblo y por los rituales casi secularizados internamente. Asimismo, el monopolio de la representación política por parte de un partido único del pueblo, organizado jerárquicamente y en la intención de incorporar totalitariamente en las estructuras del control del partido o del Estado, todo el conjunto de las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales¹⁹”.

El partido único y la corporación representaban los instrumentos destinados a lograr la fusión entre el pueblo, “repolitizado autoritariamente” y el Estado, el que, como expresión de una “voluntad ética universal”, era lo que creaba la nación, “confiriendo voluntad y por lo tanto vida moral a un pueblo que tenía conciencia de su misión universal²⁰”.

Para definir este tipo de régimen, Mussolini utilizó el adjetivo totalitario (“todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada en contra del Estado²¹”). Sin embargo, a diferencia del nazismo, la existencia de otros centros de poder, como la Iglesia católica o la monarquía, que fueron aliados y sostenedores del régimen, pero cuya presencia garantizaba la existencia de posibles alternativas, en caso de situaciones de crisis, como la que se produjo en 1943, con el arresto de Mussolini por orden del rey, redimensionaba las pretensiones totalitarias del fascismo. Por ello, la presencia de otros centros de poder ha llevado a decir que el fascismo italiano era un “totalitarismo imperfecto²²”.

¹⁸ George L. Mosse, *La nazionalizzazione delle masse* (Bologna, Il Mulino, 1975), pp. 28-29.

¹⁹ Galli, *Manuale di Storia*, p. 484.

²⁰ *Ibid.*, pp. 485-486.

²¹ Para una profundización acerca de las interpretaciones del fascismo, su ideología, y ser “el primer experimento totalitario implementado en la Europa occidental por un partido militante”, ver Emilio Gentile, *Fascismo. Storia e Interpretazione* (Roma-Bari, Laterza, 2002).

²² Detti y Gozzini, *Storia Contemporanea*, p. 102.

El fascismo italiano fue el primero de los movimientos surgidos en los años de entreguerras mundiales que puede ser plenamente definido como “fascista”. Italia le dio el nombre y el mismo Hitler reconoció su deuda con Mussolini. Sin embargo, el fascismo italiano no fue capaz de ejercer, por sí solo, una atracción especial en el plano internacional. Los principales movimientos fascistas, como la “Cruz Flechada” húngara o la “Guardia de Hierro” rumana, fueron creados solo después de la llegada de los nacionalsocialistas en Alemania. De hecho, es posible sostener que, sin la llegada al poder de Hitler, en 1933, “el fascismo no se hubiere convertido en un movimiento con difusión tan amplia”²³. En general, sin la “Gran Crisis”, probablemente el fascismo no hubiera sido un evento importante en la historia mundial. Ningún movimiento europeo de extrema derecha contrarrevolucionaria hubiera tenido grandes perspectivas, e Italia por sí sola no habría sido capaz de instaurarlo.

La política exterior fascista en América Latina

Una acción disruptiva y autoritaria del gobierno en la península contrastó con una política extranjera ambiciosa, que se desarrolló sobre todo en el contexto euromediterráneo²⁴, sin descartar otras áreas geopolíticas, como América Latina. Respecto de esta región, la política exterior italiana cambió entre los años veinte y treinta, debido a razones internas y externas del régimen. En el primer decenio se centró fundamentalmente en el tema de la emigración y la relación con las comunidades italianas en el extranjero, y con las expectativas de incrementar los intercambios comerciales²⁵. La posibilidad de usar a los emigrantes como instrumento de la política exterior ya había sido mencionada por los nacionalistas italianos, habiendo sido recibida por el fascismo, readaptándola a las exigencias del régimen y al nuevo contexto internacional²⁶.

²³ Hobsbawm, *Il secolo breve*, pp. 142-143.

²⁴ No es posible, en el breve espacio que tenemos, discutir, aunque sea de manera breve, los ejes centrales de la política exterior del fascismo. Para una profundización del tema sugerimos la revisión de la obra de Enzo Collotti, *Fascismo e politica di potenza. Politica estera 1922-1939* (Firenze, La Nuova Italia, 2000) y Elena Aga Rossi, “La política estera e l'impero”, en Sabatucci y Vidotto (ed.), *Storia d'Italia*, pp. 245-303.

²⁵ El mercado latinoamericano fue muy importante para las exportaciones italianas durante esta década. Suficiente con decir que Argentina, por sí sola, absorbía la cantidad de exportaciones destinadas a todos los países de la cuenca del Danubio. Ver. *1° Convegno nazionali di politica estera* (Milano, I.S.P.I., 1937). Una profundización del tema en *Le relazioni politiche, economiche, spirituali tra l'Italia e l'America Latina*, pp. 175-269. Para el tema del intercambio comercial entre Italia y los principales países de Sudamérica durante la década de 1920, véanse los estudios de países realizados por Istituto Nazionale per l'Esportazione, *Il Brasile. Sviluppo economico e relazioni commerciali con l'Italia* (Roma, Castaldi, 1928); *L'Argentina. Sviluppo economico e relazioni commerciali con l'Italia* (Roma, Castaldi, 1930); *Il Cile. Sviluppo economico e relazioni commerciali con l'Italia* (Roma, Castaldi, 1931). Las estadísticas publicadas por la misma institución en *Dati Statistici sulle esportazioni italiane e sulle corrispondenti principali importazioni estere nel quinquennio 1927-1931* (Roma, Castaldi, 1932).

²⁶ Cfr. João Fábio Bertonha, “Emigrazione e politica estera: la «diplomazia sovversiva» di Mussolini e la questione degli italiani all'estero, 1922-1945”, *Altretalia*, 23, (2001), pp. 40-41. Respecto de este asunto, y más en general acerca de la emigración italiana, su prestigio y su desarrollo, ver Emilio Gentile, “L'emigrazione italiana in Argentina nella politica di espansione del nazionalismo e del fascismo 1900-1930”, *Storia Contemporanea*, XVII, 3, (1986), pp. 355-396; Emilio Franzina, *Gli italiani nel Nuovo Mondo. L'emigrazione italiana in America, 1492-1942* (Milano, Mondadori, 1995), pp. 178-180.

En cuanto a la emigración, el fascismo tuvo una actitud similar a aquella de la Italia liberal, considerándola necesaria para la economía y la sociedad italianas. En 1923 Mussolini consideraba la emigración como una buena alternativa para las necesidades del país²⁷. Sin embargo, esta visión cambió a fines de los años veinte, cuando el fascismo desechó esta política, así como lo habían hecho los nacionalistas en el pasado, por estimarla innecesaria, prefiriendo la colonización interna²⁸. Por tanto el gobierno detuvo la emigración²⁹, cuyo flujo disminuyó, aunque el fenómeno ya estaba en declinación a causa de las políticas más restrictivas de los países de adopción, especialmente de Estados Unidos³⁰.

Respecto de las comunidades italianas en el extranjero, el fascismo trató de utilizarlas, aunque con resultados muy modestos, con el fin de ampliar los mercados para los productos italianos y transmitir su influencia cultural, que habría dado lugar a relaciones más estrechas y armoniosas con los países latinoamericanos. En general, los objetivos de la diplomacia fascista en América Latina, especialmente en los países con marcada presencia de inmigrantes italianos, vaticinaban crear, sobre la base de una exigencia exclusivamente demográfica,

“un gran centro de influencia italiana en América Latina, difícil de incorporar militarmente a Roma, debido a la distancia y al poder estadounidense en el área, pero suficiente para actuar como centro donde la solidaridad de origen, raza y cultura transformarían la región en algo parecido a un *Dominion* inglés”³¹.

Instrumentos de esta política fueron las escuelas, asociaciones, centros culturales, prensa en italiano, etc.³².

²⁷ Benito Mussolini, “Il problema dell’emigrazione”, *Scritti e discorsi*, vol. 3 (Milano, Hoepli, 1934), pp. 97-100.

²⁸ Esta orientación cambiaría al término de la Segunda Guerra Mundial. Con la caída de Mussolini y el desplazamiento de Italia al campo aliado, las nuevas autoridades italianas, al referirse al tema de la emigración, renegaron de la línea seguida por el fascismo, señalando “la necesidad de dar vuelta la página”, y declarando que estaban a favor de la restauración de los flujos migratorios hacia las Américas sin las limitaciones y la instrumentalización de la comunidad italiana de antaño. Cfr. Aldo Albónico, “La ripresa delle relazioni tra l’Italia e l’America Latina dopo il fascismo: i primi passi (1943-1945)”, *Clio*, XXIV, 3 (1988), p. 447.

²⁹ Para detalles del mismo, ver Philip V. Cannistraro y Gianfausto Rosoli, “Fascist Emigration Policy in the 1920s: An interpretative Framework”, *International Migration Review*, 13 (1979), pp. 673-692.

³⁰ Respecto de la disminución de la emigración italiana durante la década de 1930, ver Ercole Sori, “Emigrazione all’estero e migrazioni interne in Italia tra le due guerre”, *Quaderni Storici*, X, 29-30 (1975), pp. 579-606.

³¹ Cfr. João Fábio Bertonha, “Brasile: gli immigrati italiani e la politica estera fascista”, *Latinoamerica*, 70 (1999), p. 95. Acerca de este asunto, en particular con relación a Brasil, se pueden consultar los estudios de Aldo Albónico, “Immagine e destino delle comunità italiane in America Latina attraverso la stampa fascista degli anni ‘30”, *Studi Emigrazione*, XIX, 65 (1982), pp. 41-52; João Fábio Bertonha, *O fascismo e os imigrantes italianos no Brasil* (Porto Alegre, EDIPUCRS, 2001); Ricardo Seitenfus, “As Relações entre o Brasil e a Itália no período 1918-1939”, in Luís Antonio De Boni (Coord.), *A presença italiana no Brasil*, vol. 2, (Porto Alegre, Est/Fundazione Agnelli, 1990), pp. 37-52.

³² El papel clave de la propaganda del fascismo en el exterior la tenía la Opera Nazionale del Dopolavoro. Ver Bertonha, “Emigrazione e política estera”, pp. 52-53. Para este caso ver también I. Guerrini, M. Pluviano, “Le organizzazioni del tempo libero nelle comunità italiane in America Latina”, in Vanni Blengino, Emilio Franzina, A. Pepe (eds.), *La riscoperta delle Americhe. Lavoratori e sindacato nell’emigrazione italiana in America Latina, 1870-1970* (Milano, Teti, 1994), pp. 378-389.

La oposición a la emigración, no obstante, no implicó un menor interés del fascismo por los italianos que se encontraban en el extranjero. De hecho, el régimen se esforzó por aumentar el control de las comunidades italianas, para transformarlas en un instrumento de la política exterior³³. Ello a diferencia de otras áreas geográficas, como en la cuenca del Mediterráneo, donde el tema estaba vinculado a los intereses imperiales italianos³⁴; en América Latina el asunto era más complejo. En las relaciones con los emigrantes prevalecía, al interior del régimen, la certeza de no poder revertir el fenómeno de plena integración en el país huésped. Solo existía la posibilidad de hacer de ellos un instrumento de la difusión de la ideología fascista ante la opinión pública local.

A mediados de los años treinta apareció un giro respecto del periodo precedente, surgiendo un interés italiano por América Latina, el que se centró principalmente en el aspecto político-ideológico, dejando de lado el económico-comercial, ya que no se había logrado incrementar las relaciones con los países de la región³⁵. En este sentido, la principal arma italiana fue la creación de un puente ideológico entre ambos lados del océano, política que comenzó en los inicios de los años treinta con el aumento de los regímenes autoritarios en diferentes países del continente, en especial Argentina y Brasil, para ser posteriormente llevado a cabo cuando el fascismo italiano encontró interlocutores válidos. Vale la pena recordar que los resultados fueron mediocres y mucho menores a las expectativas del régimen³⁶.

Desde mediados de los años treinta, y en correspondencia con la afirmación de una política imperialista, el fascismo intentó, asimismo, utilizar las comunidades italianas presentes en América Latina, ya como caja de resonancia de los éxitos en política extranjera del régimen o como instrumento para obtener, en el plano internacional, sobre todo en la Sociedad de las Naciones, el apoyo de los países de la región. Es lo que sucedió con el compromiso italiano en la Guerra Civil española, y antes con la guerra con Etiopía.

Durante este último conflicto, el gobierno italiano recurrió a todos sus recursos para crear, en la opinión pública latinoamericana, un clima de consenso favorable a su política. Para conseguirlo, las embajadas y consulados iniciaron una amplia y permanente propaganda entre las comunidades de origen italiano, con el fin de crear una movilización patriótica y evitar sanciones. No obstante, este conflicto generó algunos problemas en la política latinoamericana del fascismo, tales como un enfriamiento de las relaciones entre Italia y Argentina. Este último gobierno, sin embargo, no aplicó las sanciones de-

³³ No estaba ausente la intención, de parte del régimen fascista, de vincular la conquista de los italianos en el exterior y el contacto con los partidos fascistas locales. En este sentido, los primeros, lo que fue atribuido a una función "subversiva", tenían un papel clave en la "diplomacia paralela" y en contactarse con los movimientos fascistas nacidos en otros países. Cfr. Bertonha, "Emigrazione e politica estera", pp. 44-45. Sobre la "diplomacia paralela", ver Stefano Luconi, *La "diplomazia parallela". Il regime fascista e la mobilitazione politica degli italo-americani*, (Milano, Franco Angeli, 2000).

³⁴ En esta región, la intención del fascismo fue usar a los emigrantes como avanzadas de una futura acción expansionista. Los italianos en el extranjero, por tanto, fueron vistos como agentes de espionaje y la quinta columna que aguardaba la intervención militar italiana.

³⁵ El deseo del régimen por incrementar su peso comercial en el continente era tal. Italia no podía entrar significativamente en el contexto latinoamericano por la presencia de potencias superiores (Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y en parte Japón) y los límites de su propia economía.

³⁶ Cfr. Bertonha, "Emigrazione e politica estera", pp. 46-47.

cidas por la Sociedad de las Naciones. Con la excepción de México y Colombia, la misma actitud tuvieron otros países latinoamericanos, así como Chile y Ecuador, los que también integraban la organización ginebrina, junto con Argentina. Por su parte, Perú, Uruguay, Bolivia, Venezuela, Brasil y Paraguay mantuvieron posiciones bastante amigables en relación con Italia, adhiriendo formalmente a las sanciones económicas, pero sin aplicarlas.

Finalmente, en una visión de conjunto acerca de la diplomacia italiana en América Latina, es preciso decir que hubo diferencias en el trato con cada país. Respecto de Perú³⁷ y Chile,³⁸ Italia trató de extender su influencia por medio de sus relaciones bilaterales, no así respecto de Paraguay, país con el que hubo un total desinterés³⁹. A pesar de que con Argentina las relaciones fueron controvertidas, estuvieron marcadas por una amistad mutua⁴⁰. El país que Italia cuidó con mayor interés fue Brasil⁴¹, al que intentó atraer al ámbito italiano sobre la base de la importante comunidad italiana residente allí⁴², y de la presencia de un partido fascista local, arraigado y bien organizado, llamado “Ação Integralista Brasileira”⁴³. El gobierno italiano fue muy lejos para intervenir en la

³⁷ Cfr. Orazio Ciccarelli, “Fascist Propaganda and the Italian Community in Peru during the Benavides Regime, 1933-39”, *Journal of Latin American Studies*, 20/II, (1988), pp. 361-388, e “Fascism and Politics in Peru during the Benavides Regime, 1933-39: The Italian Perspective”, *Hispanic American Historical Review*, 70/III, (1990), pp. 404-432.

³⁸ Cfr. Silvia Mezzano Lopetegui, *Chile e Italia. Un siglo de relaciones bilaterales 1861-1961* (Santiago, Ediciones Mar del Plata, 1994), caps. XIII-XV, pp. 139-174.

³⁹ Ver los dos libros de Alfredo Seiferheld, *Nazismo y fascismo en el Paraguay. Visperas de la II Guerra Mundial, 1936-39* (Asunción, Histórica, 1985), y *Nazismo y fascismo en el Paraguay. Los años de la guerra, 1939-1945* (Asunción, Histórica, 1986).

⁴⁰ Respecto del fascismo italiano en Argentina, ver Mario Nascimbene, “Fascismo y antifascismo en la Argentina (1920-1945)”, en “*C’era una volta l’America*”: *Immigrazione dei piemontesi in America. Mostre documentarie a cura del CEMLA di Buenos Aires*, (Cuneo, L’Arciere, 1990), pp. 137-141; Ronald C. Newton, “Ducini, Prominenti, Antifascisti: Italian Fascism and the Italo-Argentine Collectivity, 1922-1945”, *The Americas*, 51/1, pp. 41-66; Eugenia Scarzanella, “El fascismo italiano en Argentina: al servizio degli affari”, en Eugenia Scarzanella (ed.), *Fascisti in Sud America*, (Firenze, Le Lettere, 2005), pp. 111-174. Sobre el antifascismo en Argentina, ver Pietro Rinaldo Fanesi, “El anti-fascismo italiano en Argentina (1922-1945)”, *EMLA*, 4/12, (1989), pp. 319-352; María de Luján Leiva, “El movimiento antifascista italiano en Argentina (1922-1945)”, en Bruno Bezza (ed.), *Gli italiani fuori d’Italia. Gli emigranti italiani nei movimenti operai dei paesi di adozione 1880-1940*, (Milano, Angeli, 1983), pp. 549-582.

⁴¹ Acerca del fascismo en Brasil, ver los dos estudios de Angelo Trento, “El fascismo e gli italiani in Brasile”, *Latinoamerica*, 29, (1988), pp. 49-56, y “«Dovunque è un italiano, là è il tricolore». La penetrazione del fascismo tra gli immigrati in Brasile”, en Scarzanella (ed.), *Fascisti in Sud America*, pp. 1-54; Ricardo Seitenfus, “Ideology and Diplomacy: Italian Fascism and Brazil (1935-38)”, *Hispanic American Historical Review*, 64/3, (1984), pp. 503-534; João Fábio Bertonha, “Brasil: gli immigrati italiani e la politica estera fascista”, *Latinoamerica*, 70, (1999), pp. 91-104.

⁴² El flujo migratorio italiano hacia Latinoamérica comenzó en la década de 1860 y se dirigió principalmente hacia Argentina, Brasil, Uruguay, Chile y Cuba. Entre 1910 y 1915, años que representan el mayor flujo migratorio, este involucró a más de tres millones de personas. Concerniente a la inmigración italiana en Argentina y Brasil, véanse los ensayos de Fernando Devoto, “In Argentina” y de Angelo Trento, “In Brasile”, en Piero Bevilacqua, Andreina De Clementi, Emilio Franzina (eds.), *Storia dell’emigrazione italiana*, vol. II Arrivi, (Roma, Donzelli, 2002), respectivamente pp. 25- 54 y pp. 3-23. Sobre el Uruguay, ver Gianni Marocco, *Sull’altra sponda del Plata: gli italiani in Uruguay*, (Milano, Franco Angeli), 1986.

⁴³ Cfr. Angelo Trento, “Relações entre fascismo e integralismo: o ponto-de-vista do Ministério dos Negócios Estrangeiros Italiano”, *Ciência e Cultura*, 12, (1982), pp. 1601-1613.

política brasileña, a diferencia de lo que ocurrió en otros países, también con notoria presencia italiana, como Argentina y Uruguay. En estos dos últimos, el rol diferente de Italia (aquel de la “diplomacia subversiva”, como la llama Bertonha) es tal vez atribuible a una menor conexión entre los italianos y la opinión pública local, y de la demanda fascista y la presencia de partidos fascistas de baja consistencia.

Los primeros pasos del fascismo en los documentos diplomáticos

A pesar de que los documentos presentados en esta publicación comienzan con un Oficio Confidencial, del 30 de junio de 1924, las primeras referencias al fascismo ya están presentes en 1922, en un análisis acerca de la situación política interna italiana. Dentro de ese informe se describen las turbulencias del escenario político italiano y se hace referencia al crecimiento del partido fascista y a sus principales métodos de lucha, sin omitir la violencia y señalando su “noble propósito” de restablecer el orden, no obstante las “intemperancias excesivas e inaceptables”⁴⁴.

Evidentemente, una vez que el fascismo toma el poder, las referencias al mismo son permanentes. Si bien no dan cuenta de manera detallada de todas las vicisitudes políticas, tampoco se omiten algunos momentos muy significativos, como el asesinato de Giacomo Matteotti, en junio de 1924, aunque de manera indulgente con el régimen fascista, asumiendo la versión oficial de Mussolini⁴⁵.

En todo caso y a pesar de la dificultad de Mussolini para hacer frente tanto a los ataques de la oposición, sino también “para dominar los elementos intransigentes infiltrados en su propio partido”, el juicio en relación con el régimen y en particular al Duce era sin duda positivo, a juzgar por el informe del embajador Villegas, en diciembre de 1924, quien decía lo siguiente:

“El observador imparcial puede afirmar que la gran mayoría del país apoya al Sr. Mussolini, la que ve que gracias a él, se ha restablecido el orden en los servicios públicos, se ha impulsado la prosperidad económica y enriquecido considerablemente el país. En materia internacional, el señor Mussolini ha logrado colocar a su país en una situación de primer orden y esto se lo reconocen aún sus más vivos y encarnizados adversarios”⁴⁶.

Es posible señalar que estas primeras opiniones circunstanciales fueron formuladas poco después de la visita a Chile del heredero al trono de Italia, el príncipe Umberto de Saboya, en agosto de 1924⁴⁷. En esta ocasión, ambos países decidieron elevar sus respectivas representaciones diplomáticas al rango de embajadas, ratificando un proceso que comenzó poco después del nacimiento del Estado italiano, en 1861, y “El reconocimiento del Reino de Italia por parte de Chile el 20 de enero de 1864”⁴⁸. Un año antes, el 22 de febrero de 1863, el rey Vittorio Emanuele II comunicó al gobierno chileno haber asumido el título de rey de Italia. En realidad se trató de reconocer que las relaciones

⁴⁴ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 15, 12 de agosto de 1922.

⁴⁵ Cfr. Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 8, 30 de junio de 1924.

⁴⁶ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 15, 17 de diciembre de 1924.

⁴⁷ Lopetegui, *Chile e Italia*, p. 142.

⁴⁸ *Ibid*, p. 23.

existentes desde 1827 entre el reino de Cerdeña⁴⁹ y Chile no cambiarían con el nacimiento del Reino de Italia.

Volviendo al embajador Villegas, este reiteró en enero de 1925 los conceptos expresados a fines de 1924, cuando señalaba que:

“Desde el advenimiento al poder del actual Jefe de Gobierno, este trató por todos los medios posibles a su alcance, de devolver al país su tranquilidad interna y normalizar en todos los órdenes de las actividades de la Nación, la situación profundamente perturbada por las violencias y por el desorden provocados por la debilidad de los gobiernos anteriores, ante las actividades comunistas. No hay duda que el Sr. Mussolini obtuvo ampliamente el restablecimiento de la tranquilidad interna y ha impulsado en forma notable el progreso industrial y económico de Italia”⁵⁰.

Se puede conjeturar que este juicio fuese fruto de una cierta similitud que el diplomático percibía entre la situación italiana antes del ascenso del fascismo y la inestabilidad política que se vivía en Chile desde septiembre de 1924, la que desembocó primero en una sublevación militar que obligó a Arturo Alessandri Palma a dejar el poder⁵¹, lo que culminó en enero de 1925 con la formación de una junta militar provisoria.

Por otra parte, tampoco es arriesgado suponer una predilección de Enrique Villegas por los métodos autoritarios y, en particular, por los “hombres fuertes”, los únicos capaces de superar la presunta debilidad de la “vieja política” y los políticos de profesión. De lo contrario, no se entendería su tendencia a justificar la conducta antidemocrática del régimen fascista, como lo expresa en noviembre de 1925, cuando afirma que el gobierno de Mussolini era el “único posible en Italia, en el estado actual de la situación”, y que sus repetidos esfuerzos en restaurar el orden constitucional y los métodos parlamentarios “se han estrellado con la oposición de elementos intransigentes del fascismo” y con los “extremistas de la oposición, que han puesto toda clase de obstáculos a la política de normalización”⁵².

Leyendo los informes enviados por el embajador chileno en Italia, entre 1922 y 1925, se tiene la impresión de leer reflexiones esporádicas, especialmente en forma interpretativa del fenómeno fascista. No así lo que se lee en un oficio confidencial del 31 de diciembre de 1926, vale decir cuatro años después de la Marcha sobre Roma y la formación del primer gobierno de Mussolini. Se trata de un estudio de 40 páginas que el primer secretario, Armando Labra Carvajal, remite a las autoridades como requisito para postular a un ascenso dentro de su escalafón en el ministerio.

En el mencionado estudio, Labra da cuenta de manera detallada y profunda del ascenso del fascismo, de sus principales características, de su impacto en la vida política,

⁴⁹ Reino de Cerdeña es la denominación dada a los Estados pertenecientes a la dinastía de los Saboya, y fue protagonista del proceso de unificación de la península italiana.

⁵⁰ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 1, 9 de enero de 1925.

⁵¹ Alessandri Palma fue antes a Argentina y después a Europa, quedándose algunos meses en Italia. En enero de 1925, cuando estaba en Venecia, Alessandri recibió una comunicación de parte del embajador chileno en Italia en la que la junta militar le pedía volver a Chile y asumir el cargo de Presidente de la República. Antes de salir de Italia, Alessandri se fue a Roma donde se entrevistó con el rey, Mussolini y el Pontífice. Cfr. Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 2, 21 de febrero de 1925.

⁵² Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 8, 12 de noviembre de 1925.

social y económica italiana, desmenuzando “las más trascendentales reformas que este sistema de gobierno ha introducido en Italia, tanto en el orden social como político y administrativo”⁵³.

Su análisis comienza con la constatación de que, después de la Primera Guerra Mundial, en el plano político-social en Italia, había un “estado caótico, de anarquía, de inseguridad, de indisciplina y descomposición nacional”, en el que prosperó la “reacción comunista”. Lo anterior dio forma al movimiento fascista, surgiendo como reacción al avance del comunismo y “como una barrera frente al caos, como un penacho valorizando la victoria y los principios del derecho. Necesariamente adhirieron a él todas las fuerzas vivas de la nacionalidad: todo aquello que, dentro de una sociedad, represente el pasado, el orden, la fe, la propiedad, la obediencia, la disciplina”. Más adelante se explica en la transformación del fascismo, de instinto a formación política.

Asimismo, hace una reseña de los aportes encontrados en el pasado, no tan solo italianos, sino además de los ideólogos o de los principales exponentes del fascismo, como Giovanni Gentile, Avarna di Gualtieri, Camilo Pellizi, Enrico Ferri, Luigi Federzoni, Alfredo Rocco y del propio Mussolini. La conclusión de la larga reflexión acerca de las bases filosóficas e ideológicas es que el “fascismo se asienta en una doctrina política; en una doctrina social y en una filosofía”. A pesar de lo anterior, y no teniendo aún clara la profundidad del fascismo y su impacto en la sociedad y en la vida política italiana y europea, afirma que:

“A nuestro juicio (y hablando con el más alto respeto a todas las personas y la mayor tolerancia a todas las ideas), el fascismo constituye una disciplina político social con ideología propia. Es simplemente un ‘hecho’: un suceso o incidente de la vida de un pueblo. Es un estado de ánimo. Una conciencia particular. Una voluntad. Un deseo. Una aspiración de bien. Una tendencia. Un rumbo: en una palabra (citando expresamente a Mussolini): un método y no un fin”.

Por tanto, para el autor, el fascismo no era otra cosa que un sentimiento, una gran emoción colectiva, que no tenía mucha consistencia doctrinaria. En las páginas siguientes, se detiene en la legislación fascista, en su acción social, su organización del mundo del trabajo y en la concepción del Estado y el equilibrio entre los poderes bajo el fascismo. En este último caso se percibe que “es simplemente la dictadura aparentemente identificada con normas jurídicas” y que “todos los poderes del Estado quedan y están concentrados en la persona del Primer Ministro”. Hay que subrayar que en el documento no se habla de la actividad represiva, pero se señala que “el fascismo reduce la libertad individual a su mínima expresión”.

La última parte del trabajo de Labra está íntegramente dedicada a la figura de Mussolini, advirtiendo que el Duce fascinó a muchos observadores extranjeros de la época, no siendo la opinión del diplomático chileno una excepción:

“Mussolini es el organismo; es la sangre; el aliento propulsor; la voluntad; el carácter; el sentimiento; el pensamiento y la fe de todo el fascismo. (...) Su personalidad moral, está en sus obras: obras hechas con el alma; amasadas con las portentosas manifestaciones de su genio. Mussolini es la vida italiana, está en todas partes: todos los

⁵³ Memoria del Primer Secretario de la Embajada, “El Fascismo”, 31 de diciembre de 1926.

problemas los tiene presente. Es, ante todo un trabajador; un esforzado. Un hombre de energía y de perseverancia incontrastables. (...) Es un hombre de vida sencilla. Es, dentro del poder, un hombre pobre. (...) Su figura espiritual se asemeja a los viejos paladines medievales, que recorrían el mundo con una trompeta en la mano para atraer a las multitudes en torno de los nuevos dogmas”.

Finalmente, como conclusión y después de haber señalado las causas de la crisis que en aquel entonces afligía a la humanidad, se subraya que para vencerla es necesario “que aparezca un hombre: un redentor (...) Un prócer ante la visión de Patria; un dictador en el campo fecundo y ardiente de las pasiones políticas... En Italia apareció Mussolini. Era el hombre que necesitaba Italia. Adelante”⁵⁴.

Luego del estudio recién comentado, los informes de los diplomáticos se muestran más atentos a los acontecimientos políticos, económicos y sociales del fascismo italiano, y en los años treinta el interés se vuelca en la política internacional del fascismo, el que aumenta con ocasión de la guerra italo-etíope, iniciada en octubre de 1935, y se incrementa paulatinamente al acercarse la Segunda Guerra Mundial.

Es interesante mencionar, como curiosidad, la intención del gobierno chileno, en 1927, de ofrecer a Benedetto Croce una cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile, la que no se concreta, porque la embajada hace notar que Croce no es bien visto por el gobierno fascista⁵⁵. Asimismo, para 1928, vale la pena señalar el oficio en que se comenta el coloquio entre el embajador Enrique Villegas y el rey de Italia Vittorio Emanuele III, del 2 de febrero, porque no solo salen a relucir nuevamente presuntas semejanzas entre la situación política italiana prefascista con la chilena de la mitad de los años veinte, sino también porque, según el diplomático chileno, el soberano italiano tuvo palabras de apreciación hacia el desempeño del general Carlos Ibáñez, en particular su empeño en combatir el comunismo⁵⁶.

Analizando la documentación de los meses y años posteriores, se tiene la impresión que, según la delegación diplomática chilena, Italia con el fascismo y gracias al Duce era un país próspero y sólido, apto para hacer frente a los mayores desafíos, como el de la crisis de 1929.

Desde la caída de Wall Street y en los años siguientes, aunque sin omitir la dificultad en que se encontraba la Italia fascista, el análisis fue siempre sustancialmente similar al citado en la memoria de 1928, es decir, que el régimen se había consolidado y había seguido “el programa para la mejora moral y material del país”⁵⁷, y doce meses después,

⁵⁴ Dos años después, Armando Labra Carvajal publicaba un libro sobre su experiencia en Italia titulado *El Fascismo* (Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1928), que ya había sido editado, en parte, en el periódico chileno *La Nación*, y se basaba en el memorándum de diciembre de 1926. En la introducción, el diplomático advertía que el libro era fruto de una recomendación hecha por Carlos Ibáñez del Campo, en junio de 1926, cuando este último era ministro de la Guerra y él estaba en Roma: “Me intereso vivamente por el estudio que ha iniciado sobre los problemas sociales que afectan a Italia y le quedaría muy agradecido si me enviara informaciones o antecedentes al respecto” (p. 3).

⁵⁵ Ministerio de Exteriores a Embajada de Chile en Roma, *Telegrama* n° 33, 24 de junio y Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Telegrama* n° 58, 30 de junio.

⁵⁶ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 3, 3 de febrero de 1928.

⁵⁷ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, Memoria anual 1928, 1 de febrero de 1929.

que “la autoridad de su jefe, el señor Mussolini, adquiere cada día mayor importancia y mayor trascendencia”⁵⁸.

Lo anterior no fue impedimento para señalar las dificultades y los atrasos en el plano económico, manifestando malestar por la tendencia del régimen de no entregar datos oficiales, sino más bien atrincherarse detrás de una buena dosis de retórica⁵⁹.

De la crisis de 1929 al estallido de la Segunda Guerra Mundial

Superada la fase más álgida de la depresión económica, los diplomáticos chilenos se ocuparon casi exclusivamente de dos temas: la posibilidad de colocar salitre en el mercado italiano⁶⁰, que fue finalmente la mayor preocupación por un largo periodo, así como el cobre, que posteriormente sería el gran producto de exportación chileno. El segundo tema de interés fue la política internacional de la Italia fascista, también en razón del mayor protagonismo que le diera el régimen, sobre todo en la segunda mitad de los años treinta.

En otro orden de cosas, los embajadores chilenos se preocuparon, siguiendo las instrucciones del ministerio, de dar todos los pasos necesarios ante el gobierno fascista para conseguir su apoyo, con el fin de lograr el escaño de miembro no permanente del grupo de los países latinoamericanos en el Consejo de la Sociedad de las Naciones⁶¹, el que finalmente se consiguió⁶².

⁵⁸ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 1, 10 de febrero de 1930.

⁵⁹ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 6 bis, 27 de junio de 1930.

⁶⁰ Véase, solo para citar un ejemplo de la mitad de los años treinta, Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 23/1, 10 de enero de 1934.

⁶¹ Vale la pena mencionar que, en mayo de 1938, Chile anunció su retiro de la Sociedad de las Naciones. Oficialmente, el gobierno de Alessandri atribuyó la decisión a la falta de consideración de la Sociedad respecto de asuntos relativos a los países más pequeños, frente a la absoluta atención a las grandes potencias, así como a la inhabilidad del organismo para reformarse, como lo pidió en 1937 el jefe de la delegación chilena, Agustín Edwards. Chile no pretendía finalmente estar involucrado en las tensiones europeas, lo que de lo contrario llevaría a la indeseable opción de escoger a uno u otro contendiente. Esto se deriva del discurso que Edwards leería ante la Asamblea el día anterior al retiro: “No tenemos ningún interés en inclinarnos hacia algún tipo de potencia de Europa. No nos mueve otro interés que salvaguardar precisamente nuestra posición neutral. Todas las potencias de Europa son nuestras amigas tradicionales. Todas ocupan un sitio en nuestros sentimientos de gratitud, porque todas han contribuido al desarrollo de un pueblo, como el de Chile, que lleva en sus venas sangre europea, tanto de España, nuestra madrepatria, como de la Gran Bretaña, de Francia, de Alemania, Italia y otras; para nosotros lo esencial es la paz de Europa. Europa es el mercado de nuestros productos; la fuente donde bebemos elementos preciosos de ciencia y técnica, donde encontramos la ayuda material de los capitales y, en fin, todo lo que contribuye a la riqueza cultural y material de un país”. Citado en Joaquín Fernando, *Abismo y Cimiento: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos, 1932-1938* (Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 1997), p. 243. En aquel entonces se pensó que la decisión de abandonar la institución ginebrina había nacido de la irritación del presidente Alessandri frente a las sanciones aplicadas a Italia, a raíz de la invasión de Etiopía, y su voluntad de agradar a Alemania, la que en el intertanto había abandonado la Sociedad de las Naciones.

⁶² Cfr. Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 503/32, 23 de octubre de 1934.

Asimismo, se trató de evitar un deterioro en las relaciones bilaterales, debido a la actitud chilena de adhesión a las sanciones tomadas hacia Italia por la Sociedad de las Naciones, como consecuencia de la agresión italiana a Etiopía.

Por lo anterior, la documentación diplomática entre 1935 y 1936 está casi por completo dedicada a la guerra de Etiopía y a los turbulentos acontecimientos europeos. En referencia al primer tema, Italia acogió con satisfacción la conducta chilena que, aunque adhirió a las sanciones, se abstuvo en ocasión del voto, favorable en los hechos, a Roma⁶³, conducta que reforzó las relaciones entre los dos países. Lo anterior queda demostrado por el intercambio de correspondencia entre Mussolini y el presidente Alessandri, a fines de junio de 1936⁶⁴.

Asimismo, resultan interesantes las reflexiones respecto de la política italiana. En este sentido, es importante señalar que el juicio acerca del fascismo italiano y Mussolini permaneció intacto. Así, si en marzo de 1935 se informaba que “debemos limitarnos a constatar la firmeza del régimen y el mantenimiento de la autoridad y popularidad del Jefe de Gobierno”⁶⁵, tres meses más tarde el embajador se refería a las repercusiones en Europa “del problema de Italia con Abisinia”. En dicho comentario se afirmaba que “el régimen fascista se mantiene sólido en su vasta estructura y las críticas no llegan a concentrarse en núcleos o en personas capaces de afectar su estabilidad con la intención de reemplazarle por otro sistema”⁶⁶; mientras que en marzo de 1936, en plena fase de aplicación de las sanciones a Italia, el embajador Rivas Vicuña, con ocasión de su despedida de Mussolini, le expresa al Duce que “sentía profunda admiración por la forma como Italia y su pueblo habían enfrentado las sanciones y combatían en África Oriental, dando pruebas de un valor, de una disciplina y de una abnegación superiores a todos los elogios”⁶⁷.

Sin embargo, no faltaron las críticas, ni siquiera muy disimuladas, al optimismo excesivo manifestado por el régimen fascista acerca de la situación económica financiera⁶⁸; o a sus modales autoritarios, como se aprecia en un documento de junio de 1936,

⁶³ Véanse, solo para citar unos ejemplos, Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficios confidenciales* n° 356/47 y n° 443/60, respectivamente, del 4 de octubre y del 15 de noviembre de 1935, y *Oficio confidencial* n° 337/21 del 1 de julio de 1936; Ministerio de Exteriores a Embajada de Chile en Roma, *Oficio confidencial* n° 38, 20 de noviembre de 1935 (en el que se informaba el embajador chileno en Roma “nuestro pensamiento respecto de las sanciones y nuestro deseo de que no se decretaran; el gobierno, sin embargo, se vio obligado a adherir a ellas por fidelidad a los principios de Ginebra, aun cuando lo hicimos con reservas fundamentales que, al parecer, han sido apreciadas debidamente por el gobierno italiano, con el cual deseamos mantener las excelentes relaciones que siempre nos han unido”), y *Oficio confidencial* n° 16, 20 de julio de 1936.

⁶⁴ Véase Ministerio de Exteriores a Embajada de Chile en Roma, *Oficio confidencial* n° 18, 4 de agosto de 1936.

⁶⁵ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 109/15, 21 de marzo de 1935.

⁶⁶ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 243/39, 14 de junio de 1935.

⁶⁷ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 113/5, 6 de marzo de 1936. En julio del mismo año, en cambio, a propósito de la suspensión de las sanciones a Italia, la embajada subrayaba que “uno de los efectos psicológicos más palpables producidos por la autoridad del fascismo en el pueblo italiano es la transformación de su carácter expansivo, propio de la raza latina peninsular. El régimen ha creado un espíritu disciplinado, que no se deja llevar por ímpetu bullicioso ni por entusiasmos desbordantes, cuando la voz de orden es la de mantener una actitud de espera y de tranquilidad ante los acontecimientos” (Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 385/23, 31 de julio de 1936).

⁶⁸ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 259/16, 25 de mayo de 1936.

en el que, al informar el nombramiento de Galeazzo Ciano como ministro de Relaciones Exteriores, se menciona su anterior responsabilidad a cargo del Ministerio de Prensa y Propaganda, ante el que había quejas de la absoluta ausencia de libertad de expresión⁶⁹.

A pesar de las anteriores manifestaciones de desaprobación, en los diplomáticos chilenos, en general, independiente del embajador de turno, se mantuvo una buena opinión del régimen fascista y del Duce. Sin embargo, a partir de la llegada al poder del Frente Popular, en 1938, se aprecia una inversión de esta tendencia, obviamente que reflejando la diferente orientación política de las fuerzas del poder en Chile. Los elogios, la fascinación, dejan lugar a análisis más puntuales y críticos. De este modo, si bien las relaciones entre los dos países no sufren cambios sustanciales, a pesar de la distancia político-ideológica de ambos gobiernos, los informes enviados por la embajada chilena tienden cada vez a tomar más en cuenta los tratos autoritarios del fascismo, que se va definiendo sin medias palabras como “totalitarios”. Asimismo, ayudan a la anterior visión la debilidad del desarrollo económico italiano y los límites de su política de poder, todo ello alcanzará el vértice durante la guerra y, especialmente, después de la decisión de Roma de tomar parte en ella, cuando, mostrando aún gran respeto hacia Mussolini, los informes diplomáticos traslucen la convicción de que la Italia fascista no ha alcanzado los objetivos que se había propuesto, a pesar de la instauración de la dictadura, y que está al borde del abismo.

En la lectura de los documentos del bienio 1939-40 se observa que el embajador en Roma, Ramón Briones Luco, cuyo cargo comenzó oficialmente en el momento del estallido de la guerra⁷⁰, describe latamente los acontecimientos italianos⁷¹, poniendo especial énfasis en los posibles movimientos del régimen fascista en el plano internacional. En este sentido, el embajador chileno dio gran importancia a las relaciones italo-alemanas⁷² y a los preparativos militares de Italia con el fin de obtener, con un ingreso astuto y oportunista a la guerra, beneficios de la alianza con el victorioso Reich alemán⁷³. Sin

⁶⁹ Embajada de Chile en Roma a Ministerio de Exteriores, *Oficio confidencial* n° 299/19, 10 de junio de 1936.

⁷⁰ Precisamente, el 7 de septiembre de 1939.

⁷¹ Para un ejemplo de sus informes sobre este asunto, ver los oficios confidenciales n° 47/8 del 20 de enero de 1940; 396/34 del 30 de abril de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1830, en la que Briones señalaba que “situación interna de Italia se hace cada día más difícil y crítica”, hecho que parecía singular, toda vez que se “vive en estado de ‘no beligerancia’”, pero que estaba motivado por el “hecho de no poseer los medios necesarios para afrontar su programa de armamentos”. Con el informe contenido en el Oficio 442/37 del 14 de mayo de 1940, da cuenta de las medidas tomadas por el gobierno italiano para preparar a la población frente a una inminente entrada de Italia en la guerra. Acerca de la situación política de Italia en 1940, hay algunas cartas dirigidas por Briones Luco al presidente Aguirre Cerda (ver Cartas del Embajador de Chile en Roma al Presidente de la República del 27 de marzo; 30 de abril; 1 de agosto; y 23 de septiembre de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1842). La correspondencia entre el embajador y Aguirre Cerda también continuó en 1941, como se evidencia en las cartas de Briones Luco del 27 y 28 de marzo de 1941, en AMRREE, F. Histórico, v. 1934).

⁷² Ver Embajada de Chile en Roma al Ministerio de Relaciones Exteriores, Oficios Confidenciales n° 245/73 del 12 de marzo de 1940; 1260/68 del 20 de septiembre de 1940; 1318/69 del 24 de septiembre de 1940; 1393/70 del 4 de octubre de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1833-A.

⁷³ El 16 de abril Briones Luco escribía: “cuanto más avanza la guerra a una solución definitiva, tanto más se arma y se prepara Italia a fin de poner a última hora su fuerza en la balanza y obtener el provecho que busca”, en Embajada de Chile en Roma al Ministerio de Relaciones Exteriores, *Oficio Confidencial* n° 348/31, 16 de abril de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1830-A. También en el documento del 24 de abril, el embajador, al

embargo, los preparativos establecidos por el régimen fascista no lograban la aprobación de la nación. Al respecto, escribe Briones:

“Es imposible precisar si los intereses del partido son también los de la nación. Cierto es que la opinión pública, por lo menos en un 75%, es contraria a una intervención en la guerra, a favor de cualquiera de las partes. El pueblo no parece muy entusiasta del programa de armamentos, no viendo en él un instrumento de defensa, porque está convencido que nadie atacaría a Italia. No es el pueblo italiano el que siente la necesidad de conquista y de este hecho tenemos dos pruebas evidentes: las campañas de Abisinia y de Albania fueron preparadas por el gobierno, manteniendo a la masa en completa ignorancia. Es lo que sucede en todos los países donde existen dictaduras”⁷⁴.

En su análisis observa que los planes italianos no podían disimular ni, lo que es aún peor, revelar la deficiencia militar del país que, a su parecer, debió aconsejar a Roma para permanecer neutral una mayor cantidad de tiempo⁷⁵.

Pero a medida que pasaban los días, Briones estaba aún más consciente de que Mussolini lanzaría al país a la disputa mundial⁷⁶.

Un punto de inflexión se produjo con el ingreso de Italia a la guerra: la correspondencia del embajador no hacía más que informar los fracasos italianos en el frente de batalla y las tensiones internas dentro del régimen por una conducta militar fallida⁷⁷. Lo anterior será un *leit motiv* del periodo siguiente⁷⁸, interrumpido, de vez en cuando, con

referirse respecto del rearme italiano, afirmaba convencido que “Mussolini quiere la guerra, contra la opinión de la gran mayoría de los italianos, y busca la oportunidad propicia para aprovecharla con esa finalidad”, en Embajada de Chile en Roma al Ministerio de Relaciones Exteriores, *Oficio Confidencial* n° 348/31, 24 de abril de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1830-A.

⁷⁴ Embajada de Chile en Roma al Ministerio de Relaciones Exteriores, *Oficio Confidencial* n° 396/34, 30 de abril de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1830-A. Pero el embajador señalaba: “hay descontento aun dentro de las mismas filas del Partido Fascista y la gran mayoría de los italianos seguirían al Duce, contra su voluntad”. Respecto del futuro afirmaba que “si Italia entra en la guerra europea y vence, el Partido se salva; pero si la pierde, tal vez del fascismo no quedaría más que el recuerdo”.

⁷⁵ Cfr. Embajada de Chile en Roma al Ministerio de Relaciones Exteriores, *Oficio Confidencial* n° 452/40, 15 de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1830-A. Este documento acentúa el hecho de que Italia no tiene situación alguna que sea potencialmente victoriosa, o en terreno (Frente Occidental contra Francia o en el Frente Oriental contra Yugoslavia), o por mar, donde sus fuerzas navales eran claramente inferiores a las británicas.

⁷⁶ Cfr. Embajada de Chile en Roma al Ministerio de Relaciones Exteriores, *Oficios Confidenciales* n° 490/44 y 496/45, ambos del 24 de mayo de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1830-A. En el primer documento el embajador predice que “el pueblo italiano repudia esta guerra y, al menor contratiempo que encuentre en ella el gobierno fascista, puede originarse aquí una revolución de magnas consecuencias”. Solo 10 días más tarde la opinión del embajador sobre las consecuencias de la entrada de Italia en la guerra cambiaron, principalmente debido a los éxitos germanos en el Frente francés, señalando que “la entrada de la Italia a la guerra va a ser indudablemente un golpe mortal para los aliados y desvanecerá su última esperanza de triunfo”, en Embajada de Chile en Roma al Ministerio de RR.EE. de Chile, *Oficio Confidencial* n° 557/50, 4 de junio de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1830-A.

⁷⁷ Cfr. Embajada de Chile en Roma al Ministerio de Relaciones Exteriores, *Oficio Confidencial* n° 1968/86, 24 de diciembre de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1830-A; y *Oficio Confidencial* n° 144/10, 25 de Enero de 1941, en AMRREE, F. Histórico, v. 1934.

⁷⁸ Señalando, en este sentido, lo que era abiertamente conocido en los círculos diplomáticos (y no solo) en aquel entonces, acerca de la marcada inferioridad italiana (militar y económica) respecto de su aliado alemán, y su consecuente subordinación en términos de poder; lo que, aunque no era aún claro a comienzos de 1940, sí se haría evidente en los meses siguientes. Para citar un ejemplo, Cfr. Embajada de Chile en Roma al Ministerio

informes respecto de la inmensa angustia del pueblo italiano y el creciente descontento acerca de la elección de una política incierta y ambiciosa, del todo fuera del alcance de Italia⁷⁹.

Sin embargo, el interés de los diplomáticos chilenos por Italia —tanto por los asuntos políticos como por su conducta durante el conflicto— y algunos tímidos intentos por delinear una mayor colaboración comercial futura, nunca se vio aminorada⁸⁰.

de Relaciones Exteriores, *Oficios Confidenciales* n° 249/12, y 277/14, del 18 y 24 de febrero de 1941 respectivamente, en AMRREE, F. Histórico, v. 1934.

⁷⁹ En este sentido, en la citada carta, enviada el 1 de agosto por Briones Luco al presidente Aguirre Cerda, afirmaba: “Carece Italia de toda libertad política y está condenada a todas las restricciones que el gobierno cree necesarias para mantener el estado de guerra actual. Si te he de decir la verdad, yo creo que los Italianos no gozan hoy de otra libertad que la de reproducirse, lo que aquí es estimulado por el gobierno por todos los medios (...) Por lo demás, mi impresión es que el pueblo de Italia buscará después de la guerra otra orientación política más democrática. La acción del Duce fue útil y necesaria para evitar que este país cayese en el comunismo”. En Embajada de Chile en Roma al Ministerio de Relaciones Exteriores, *Carta* del 1 de agosto de 1940, en AMRREE, F. Histórico, v. 1842.

⁸⁰ Destacada fue la creación del Comité Ítalo-Chileno, dentro del Centro Italiano de Estudios Americanos, respaldado por Briones debido a que creía que este organismo podía ser una valiosa herramienta para “intensificar los intereses comerciales y las relaciones culturales entre Chile e Italia”. En este sentido, y de acuerdo con la evolución de la guerra, el embajador estaba convencido de que, desde el momento en que el centro de la influencia política y económica pasara desde Gran Bretaña a Estados Unidos, “el interés de Chile consistirá en mantener y mejorar sus relaciones con los países del Eje (...) para salvaguardar [sic] su independencia económica”. Luego, Briones Luco abogaba por una futura intensificación de las relaciones políticas y económicas con Italia, a pesar del “profundo sentimiento democrático y antifacista [sic] de nuestro Gobierno y de su representante en ésta”. El embajador esgrimía, en defensa de su tesis, un legado de valores comunes: “la intensificación de estas relaciones con Italia será también útil para estrechar la latinidad de nuestro origen común de Lengua, religión y raza y tradición Colombina (...). Italia celebra el 12 de octubre como una fiesta nacional, y se asocia en ese día al espíritu de América (...). Su acción futura servirá, sin duda, de contrapeso a la absorción germánica (...), cualesquiera que sean las etapas estratégicas de esta guerra, se puede ver con claridad que el Ciclo inglés de influencia preponderante en el continente europeo ha terminado, y que ha sido substituido por el ciclo ítalo-germánico”. En Embajada de Chile en Roma al Ministerio de Relaciones Exteriores, *Oficio Confidencial* n° 1714/46, 6 de noviembre de 1941, en AMRREE, F. Histórico, v. 1934.